



gobiernos y la ejecución de la voluntad del schah.

La Puerta (1) (*ai Pulai*), ó el *Divan*, era el centro único de esta inmensa actividad. De todas partes llegaban al trono los tributos de los vencidos y los tesoros de los países sujetos á su dominio. El gran Khosru había comprendido todo el poder de la unidad por medio de la fuerza, y á este fin dirigió todos sus esfuerzos. A pesar de la vasta extensión de sus Estados, no descuidó nada de cuanto podía contribuir á establecer entre ellos vínculos de unión, y él en persona visitaba muchas veces sus reinos y velaba directamente por el orden y la armonía universal. Iluminado por la divina bondad, no se hacía ilusiones sobre su destino, no obstante su grandeza y magnificencia, y en su diadema se leían estas palabras: «¿Para qué sirven los ejércitos numerosos y una larga vida? porque los hombres que vengan después nos humillarán, y de la misma manera que el imperio ha llegado hasta mí, pasando antes por diferentes manos, así también pasará de las mías (2).»

Ciro, pues, sometió y organizó toda el Asia mediante su actividad y cuidado, pero su muerte es un problema. Según unos, pereció en una expedición contra los masagetas, cuya reina, Tomiris, se vengó de este modo de la derrota que Ciró causó á su ejército. El gran rey está

(1) Jenofonte dice: «El nombre de *Puerta* es muy antiguo en el Oriente y designa la corte de los sultanes y de los schahs.

(2) Extracto del *Gulistán* de Muslah ed-dyn-sa'dy, *Investigaciones asiáticas*.

sepultado entre los montones de cadáveres de los suyos. Tomiris mandó cortar su cabeza y sumergirla en un odre lleno de sangre humana, diciendo: «Sáciate de sangre, puesto que tanto te ha inquietado.» El hecho, tal como le refiere esta versión, es poco probable (1); nosotros tenemos por mejor y más verdadera la otra versión, que le hace morir en todo el esplendor de su reino, en medio de su ciudad real y de toda su corte, instruyendo de palabra y con el ejemplo al que debía recoger su inmensa herencia. Los cronistas persas se aproximan más á esta versión, porque nos representan al magnánimo, «humayun,» abdicando el poder para subir al cielo y desapareciendo entre rayos y relámpagos.

Con el reinado de Ciró termina el gran período cuya descripción rápida acabamos de hacer. Este príncipe realizó la unidad de todos los pueblos del Oriente que sometió á su poder. Constituyó un nuevo mundo, fuerte, poderoso, heredero de los antiguos odios de todos los pueblos que le constituyen, delante del que va á aparecer el Occidente para terminar la querrela comenzada mucho tiempo hacia. La lucha será encarnizada, incesante, y uno de los dos combatientes perecerá, pero todo esto es preciso para la formación de la unidad general.

Ciró dió el primer paso, el segundo Alejandro, Roma el tercero y último; tales son los designios de Dios, guiando al mundo antiguo hasta Jesucristo.

(1) El mismo Herodoto dice que hay muchas versiones sobre la muerte de Ciró I, cap. CCV á CCXIV.

CAPÍTULO III

Division de Israel en dos reinos.—Elias, Eliseo, Josafat, Atalias (1)

Después de la muerte de Salomón, su hijo Roboam se dirigió á Siquem. Allí se encontraba también Jeroboam, á quien habían mandado venir sus amigos, al mismo tiempo que le comunicaron la nueva que Salomón había muerto. Se presentó ante Roboam, con los ancianos de Israel, y le dijeron que les librara de la dureza del gobierno que su padre les había impuesto y le servirían. Hablaban así, ya porque sin razón se quejaban de un príncipe que había hecho tan comunes el oro y la plata en Jerusalén, ya porque en efecto Salomón les gravó con grandes impuestos en el tiempo en que se entregó en brazos de sus pasiones. El alimento solamente de las setecientas reinas y de las trescientas mujeres de segundo rango bastaba para absorber las rentas de todo un reino.

Roboam les pidió tres días de plazo para consultar á los antiguos consejeros de su padre y poderles responder. Consultóles en efecto, y le contestaron que si respondía al pueblo con palabras dulces sería siempre su siervo.

Conocían los ancianos el estado de los negocios; no ignoraban el secreto pensamiento de las diez tribus para formar un reino aparente y separarse de Judá, de quien tenía envidia, y no habían olvidado los tristes efectos de esta envidia, en tiempo de David. Además, se había concedido á Salomón la autoridad sobre Israel con una condición que no había cumplido. Roboam no debía ignorar esto, y el consejo de los ancianos no podía ser más sabio. Roboam despreció el consejo, porque el Señor se había retirado de él para cumplir la palabra de Ahías el Silonita, sobre la división del reino. Llamó á los jóvenes que se habían educado con él y le seguían siempre, los cuales le hi-

(1) Para dar unidad á la relación histórica, consignamos ahora los sucesos que, referentes al pueblo de Israel, corresponden á esta época.

cieron dar una respuesta insultante con palabras muy duras, entre otras, que si su padre les había puesto un yugo pesado, él le aumentaría, y si su padre les había herido con látigo, él lo haría con varas de hierro.

A esto el pueblo contestó: ¿Qué interés tenemos en la casa de David? ¿y qué nos importa conservar la herencia al hijo de Isai? Vete á tus tiendas, Israel; y tú, David, provee á tu casa.

Roboam envió á uno de sus ministros de Hacienda para calmar al pueblo irritado; pero fue recibido á pedradas, en vista de lo cual este rey tan fiero y tan amenazador subió á su carro y huyó á Jerusalén, en donde fué reconocido por Judá y Benjamin, mientras que las diez tribus eligieron á Jeroboam, que les dió sin duda noticia de lo que Dios le había prometido por el profeta Ahías (1). Así se dividió la posteridad de Jacob en dos reinos que ya no se reunirán, y que se les distinguió con los nombres de reino de Judá y reino de Israel (2).

(1) 3. Reg., 12, 2. Paral., 10.

(2) La historia de los reyes de Israel y de Judá se confunde constantemente; hé aquí, para este período, un cuadro sinóptico de los reyes de los dos reinos:

JUDÁ	ISRAEL
Roboam, 962-946.	Jeroboam, 962-943.
Abías, 946-944.	Nadab, 943-942.
Asa, 944-904.	Baasa, 942-919.
Josafat, 904-782.	Ela, 919-918.
Joram, 882-875.	Zamri, 918.
Ocosías, 875-874.	Tebni, 918.
Joas, 863-831.	Amri, 918-907.
Amasías, 831-803.	Acab, 907-888.
Ozías, 803-852.	Ocosías, 888-887.
Jotam, 752-737.	Joram, 887-874.
Acaz, 737-723.	Jehú, 874-848.
Ezequías, 723-697.	Joacaz, 848-832.
Manasés, 697-642.	Joas, 832-817.
Ammon, 642-640.	Jeroboam II, 817-766.
Josías, 640-609.	Zacarias, 766-765.
Joacar, 609-609.	Sellum, 765.
Eliakim, 609-561.	Manahem, 765-754.
Jeconías, 561.	Faceia, 754-728.
Sedecías, 536.	Oseas, 728-721.
Cautividad de Babilonia.	Destrucción del reino de Israel.



No había renunciado Roboam á reinar sobre las diez tribus, y para reducirlas á su obediencia reunió un ejército de 180.000 soldados escogidos. Pero el Señor le hizo saber por Semeias que no hiciese armas contra sus hermanos, y cada uno se volvió á su casa (1). Para ponerse á cubierto de su afortunado rival, Roboam construyó un gran número de ciudades fortificadas en Judá y en Benjamin. El otro, á su vez, fortificó á Siquem y en ella fijó su residencia; fortificó asimismo á Famuel, al otro lado del Jordán, para mantener la sumisión de los pueblos de Galaad.

La política atea de Jeroboam le hizo ingrato é impío, y preparó la ruina de su casa y de su pueblo.

A la division política siguió la division religiosa. La iglesia mosaica, que abrazaba todo Israel, y que algun dia habia de trasformarse en la Iglesia cristiana y abarcar todo el universo, Jeroboam creyó de su deber romper esta unidad de culto y separar á su reino de con el Señor. Este pretendido interés fué su dios y su ley. Un gran obstáculo á su proyecto impío eran los sacerdotes y los levitas que estaban extendidos por todo su reino; les impidió desempeñar su ministerio divino, y les obligó á refugiarse en la tierra de Judá. Él mismo se erigió en soberano sacerdote y constituyó en sacerdotes á todos los primogénitos. A un sacerdocio diferente era necesario un dios diferente del verdadero Dios. Jeroboam hizo muchos y les levantó altares en los lugares elevados. Los principales eran dos becerros de oro, colocados uno en Bethel, otro en Dan. Las fiestas se celebraban en los mismos dias que en el reino de Judá. Retuvo, en una palabra, la ley de Moisés, pero la interpretaba á su manera. Construyó tambien altares á los demonios; y en vista de todas estas impiedades los levitas y los sacerdotes, y un gran número de israelitas de todas las tribus, abandonaron el país para retirarse á la tierra de Judá (2).

A pesar de la política atea del primer rey cismático, siempre se practicó la verdadera re-

(1) 3, Reg., 12, 22-24.

(2) 3, Reg., 12; 2, Paral., 11.

ligion en su reino por cierto número de fieles, y la enseñaron y vindicaron con valentía una série no interrumpida de profetas. Jerusalem y su templo serán siempre el centro del verdadero culto. Jonás, que pertenecía á una de las diez tribus y era profeta, exclamará hasta en el vientre de la ballena: «Señor, aun cuando he sido rechazado de vuestra vista, sin embargo, volveré á ver tu santo templo» (1); con esto indicaba á la vez, la costumbre que tenia de visitarle, y que esperaba todavía adorar en él á Dios.

Roboam y su pueblo marcharon durante tres años en los caminos de David y de Salomon. El rey tenia cuarenta años cuando subió al trono. El hijo que designó para sucederle se llamaba Abia; no era el primogénito, pero habia nacido de su esposa predilecta, y excedia en sabiduría á todos sus hermanos. Despues de estos tres primeros años, viendo el rey de Judá afirmado su poder, abandonó la ley del Señor, y el pueblo siguió su ejemplo. Viéronse pronto impurezas abominables, y el castigo no se hizo esperar.

El quincuagésimo año del reinado de Roboam, Sesac, rey de Egipto, marchó contra Jerusalem con mil doscientos carros de guerra, sesenta mil caballos y una numerosa infantería: componíase este numeroso ejército de egipcios, libios, trogloditas y etíopes. Tomó las ciudades fortificadas y avanzó hasta Jerusalem. El Señor envió al profeta Semeias cerca de Roboam, y los príncipes que se habian retirado á la capital para decirles que por haber abandonado al Señor, les entregaba en manos de Sesac, ante cuyo anuncio se humillaron y reconocieron la justicia de Dios. Y por esto dijo el Señor por boca de Semeias que no les exterminaria. Sin embargo, serian esclavizados á fin de que supiesen lo que era servirle á él, ó servir á los gobiernos de la tierra (2). Sesac entró y llevó los tesoros del templo los del rey, y los escudos de oro que Salomon habia manda-

(1) Jonás, 25. Et ego dixi: Abiectus sum á conspectu oculorum tuorum; verumtamen rursus videbo templum sanctum tuum.

(2) 2, Paral., 12, 5-8.



dor hacer, que Roboam reemplazó por otros de cobre.

¿Quién es este rey de Egipto del cual se sirve Dios para castigar la impiedad del hijo de Salomon? Es el primer Faraon que la Escritura santa nos da á conocer con su nombre distintivo. Este nombre puede pronunciarse en hebreo *Schischak* ó *Schischok*. Los Setenta le han vertido por *Su Sakim*, el historiador Josefo por *Susakos*, y la Vulgata por *Sesac*. Muchos sábios habian creído reconocerle en el famoso Sesostris ó Sethosis; pero hemos visto anteriormente que este último era contemporáneo de Moisés. Otros habian pensado que Sesac no era otro que Sesonchis ó el Sesonchosis de Manethon. La lectura de los jeroglíficos ha cambiado esta opinion en certidumbre. Hé aquí lo que escribia desde Tebas, en 1830, hablando del palacio de Karnac, el sábio francés que ha sido el primero que descifró las inscripciones jeroglíficas. En este maravilloso palacio he contemplado á *Sesonchis*, arrastrando á los pies de la trinidad tebana, Ammon, Muth y Kons, los jefes de más de treinta naciones vencidas, entre las cuales he encontrado, como así debia ser, y con todas sus letras, «Judahamalek,» *el reino de los judíos ó de Judá*. Es un comentario que hay que unir al capítulo XIV del libro I de los *Reyes*, que cuenta en efecto la llegada de *Sesonchis* á Jerusalem, y sus efectos; así, pues, la identidad que hemos establecido entre el *Scheschonk* egipcio, el *Sesonchis* de Manethon y el *Sesac* ó *Scheschok* de la Biblia, está confirmada de la manera más satisfactoria.

En Manethon, Sesonchis ó Sesonchosis es el jefe de la vigésimasegunda dinastía. Segun un cálculo basado en la combinacion de los descubrimientos jeroglíficos con las fechas de la historia, su reinado comenzaria el año 971 antes de la era cristiana. Precisamente en este año se coloca comunmente la entrada de Sesac en Jerusalem. Así, pues, las fechas coinciden lo mismo que las demás circunstancias.

La pintura jeroglífica del templo de Karnac nos le muestra vencedor de más de treinta naciones. La Escritura nos le presenta á la cabeza de un ejército innumerable de egipcios, li-

bios, trogloditas y etíopes. Los trogloditas ó habitantes de subterráneos eran, segun los antiguos autores, pueblos del Africa oriental que habitaban en cuevas (1). Y la Escritura y los jeroglíficos del palacio de Tebas se sirven así mutuamente de comentario. Se ve tambien por esto cuál era en esta época el poder de Egipto, la extension de su dominacion ó al ménos su influencia en las comarcas vecinas. En la edicion romana de la Biblia de los Setenta, se dice que este Faraon habia hecho que Jeroboam tomase por esposa á la hermana de la reina de Egipto. Se adivina, pues, sin mucho esfuerzo, á instigacion de quién el conquistador egipcio iria á asolar las tierras de Judá.

Mientras vivió Roboam estuvo en guerra con Jeroboam, y murió despues de un reinado de diez y siete años. Su hijo Abiam reinó en su lugar. La sucesion al trono no se interrumpió jamás en el reino de Judá, mientras que el cetro de Israel, arrancado bien pronto de la familia de Jeroboam, pasará de mano en mano á través de revoluciones y de la anarquía, como una prenda sangrienta y de poco precio.

El profeta Ahias, que habia predicho al rey de Israel su elevacion, le predijo tambien el castigo de su idolatría y la ruina de su casa. Jeroboam perdió en seguida á su hijo Abias (2); despues cuando quiso hacer la guerra al sucesor de Roboam, Abias, aunque Abias «no fué perfecto delante del Señor,» los 800.000 guerreros de Israel fueron vencidos por los 400.000 valientes de Judá, que pelearon al sonido de la trompeta de los levitas. Una prodigiosa victoria, seguida de la toma de muchas ciudades, que aumentaba el poder de Abias tanto como debilitaba el de Jeroboam, era una buena base para afirmar al primero en el servicio del verdadero Dios y para convertir á él al segundo. No sucedió así, sin embargo, pues Abias cayó en los mismos pecados de su padre y murió despues de un reinado de tres años. Jeroboam, el hijo de Nabat, súbdito de Salomon, que se

(1) Strab., 1. Mela, 1, c. IV y VIII. Plinio 5, capítulo VIII; 37, c. X.

(2) Se han perdido los libros de los profetas Semeias y Addo, á los cuales se refiere el libro de los Reyes.



había alzado y sublevado contra su Señor, «que había tomado becerros de oro por dioses, que había arrojado á los hijos de Aaron y los levitas y había hecho sacerdotes como los hacen las naciones,» fué, en fin, humillado; «Dios le hirió y murió.»

Tal fué la suerte del usurpador, del conculcador de las leyes divinas y de la justicia. Aquí se ve palmariamente la maldición, pues mientras se ve el «pacto inviolable» que subsiste entre el Señor y la casa de David, mientras que Abias ó Abiam duerme con sus padres, y Asa, despues de la regencia de *Maaca*, derriba los ídolos de su madre, destruye los bosques y las cavernas, los árboles y los altares sacrilegos, y «*llega á ser una lámpara en Judá.*» Israel presa de los diversos bandos que se disputaban el poder, mata sucesivamente á los reyes que se da con una efímera corona. Dios recompensó á Asa, hijo de Abia, dándole una paz de diez años, que aprovechó para edificar un gran número de ciudades fortificadas. Su ejército contaba 300.000 hombres de Judá y 280.000 de Benjamin (1).

En el décimo año fué atacado por un ejército de la Etiopía, en número de un millón de combatientes y trescientos carros de guerra, conducidos por Zara, que avanzó hasta Maresa, ciudad de Judea. El Señor hirió á los etiopes delante de Asa y Judá, de suerte que huyeron y fueron perseguidos y exterminados. El ejército de Asa hizo un inmenso botín en ovejas y en camellos (2).

¿Quién era este Zara ó Zarac, el etiope? Hay poco acuerdo sobre esto. Unos suponen que era este un jefe de cushitas ó etiopes orientales. Pero como se dice que su ejército huyó del lado de la ciudad de Gerara, al Mediodía y hacía el Egipto, es más probable que fueran etiopes de Africa, reunidos también bajo la misma denominación que los egipcios, como poco antes hemos visto en tiempo de Sesac ó Sesonchis. Se ha encontrado en una inscripción en carton real trazada en las paredes de las excavaciones próximas al monte Sinaí, el nombre de Zerah. Esta bata-

(1) 3, Reg., 15, 8-15.
(2) 2, Paral., 14, 1-15.

lla se dió treinta años despues de la entrada de Sesac en Jerusalem, que, segun Maneton, reinó veintiuno, por consiguiente bajo el reinado de su sucesor, que fué de quince. Este es llamado Osorton en este historiador, Osorcon ó Osorgon en una leyenda jeroglífica de las mismas columnatas de Tebas, en donde se ven el nombre y el triunfo de Sesonchis. Si se quita al nombre monumental Osorcon su terminación egipcia, y se hace abstracción de las vocales que en otro tiempo no se escribían, se le encontrará rigurosamente en el Zarac, Zoroc ó Zorc del texto hebreo. Segun esto, Zarac, por sobrenombre el Etiope, sería el sucesor de Sesac, y devolvería al reino de Judá las riquezas que su predecesor le había quitado (1).

Entre Judá é Israel no había ni paz ni guerra; cada cual se mantenía á la defensiva, cuando en el décimosexto año del reinado de Asa, el trigésimosexto despues de la separación de las diez tribus, el rey de Israel, Baasa, habiendo hecho alianza con Benadad, rey de Siria, hizo una irrupción en la tierra de Judá y sorprendió la ciudad de Rama, que se apresuró á fortificar. Esta ciudad estaba situada en una altura que dominaba el desfiladero por donde se pasaba de un reino á otro. Quería sin duda, por medio de esta fortaleza, impedir la emigración de sus súbditos. Asa tomó entonces todo el oro y plata que había en los tesoros del templo y del palacio, lo envió á Benadad, le recordó la alianza que unía á sus padres, y le suplicó rompiese la que había hecho con Baasa. Benadad envió un ejército contra este, y dió por tal medio ocasion al rey de Judá de destruir las fortificaciones de Rama, y con las maderas y las piedras que allí se encontraban reunidas, fortificó á Gabaa de Benjamin y á Masfa. Dios no lo permitió. Asa había vencido á los etiopes sin tales aliados, y hubiera vencido á los sirios, si no temiéndoles hubiera puesto sus ojos en Dios. Por desgracia, Asa, enorgullecido por haber construido á Gabaa y á Masfa con los materiales de Rama, puso entonces su confianza en los hombres y no en el

(1) Greppo, pág. 173. El asunto está puesto fuera de duda por el testimonio del profeta Hanani, que veremos luego unir los libios á los etiopes.